

El mecenazgo en el Renacimiento italiano y las nuevas reivindicaciones de los artistas en relación con su reconocimiento social y la naturaleza de su labor. -

La palabra mecenas hace referencia a aquella persona que, por contar con los recursos económicos suficientes, toma bajo su protección a un artista o científico para permitirle realizar su tarea y beneficiarse con ella de algún modo más o menos directo.

Si bien el mecenazgo existió a lo largo de toda la historia, y sigue, este fenómeno fue muy característico del Renacimiento.

Con las grandes familias italianas del Renacimiento, como los Medici en Florencia, los Gonzaga en Mantua y los Montefeltro en Ferrara, el mecenazgo artístico, experimentó un desarrollo particular.

Durante la Edad Media, los príncipes y las poderosas familias de banqueros y notables contribuyeron significativamente al encargo de obras artísticas, cuyo principal destino eran los edificios religiosos.

En el Renacimiento, la realización de obras artísticas a pedido no disminuyó. Sin embargo, con el crecimiento de los poderes locales se desarrolló un nuevo tipo de

mecenazgo que buscaba formar colecciones privadas de obras y participar en el esfuerzo colectivo por embellecer las ciudades.

Durante el Renacimiento, los artistas comenzaron a ser reconocidos por su talento individual y no sólo como buenos artesanos. Hasta ese momento ni siquiera había un gremio que agrupara a los pintores, quienes pertenecían al de los boticarios porque mezclaban las pinturas al igual que aquéllos lo hacían con las drogas. Los escultores pertenecían al de los albañiles.

Los gremios fijaban el precio de un trabajo y la persona que lo encargaba elegía el tema y los materiales para construirlo. El cliente esperaba que el trabajo fuese hecho exactamente como él quería, por eso el artista no tenía muchas posibilidades de experimentar sus propias ideas.

Sin embargo, con el apoyo de los mecenas adinerados, como los Medici, ciertos artistas pudieron liberarse de los trabajos tan monótonos que les proporcionaba el gremio.

A la gente le costó bastante aprender a distinguir a un artista de un artesano. Al principio hasta al propio mecenas Cosimo de Medici le fue difícil. Se dice que

convenció al escultor Donatello de que usara un uniforme, porque no le gustaban las ropas que vestía. A los pocos días, Donatello se quejó de que era indigno y rehusó seguir usándolo. En otra oportunidad, el artista rompió una cabeza que había esculpido, furioso por el precio que le ofrecía el comerciante que le había encargado la obra, y que Donatello consideraba demasiado bajo.

Comenzó a conocerse cuál era el temperamento especial de los artistas. *Cuando Isabella d'Este esperaba impaciente una pintura de Giovanni Bellini, le advirtieron que se acostumbrara a la fantasía de lo que él estaba haciendo, ya que no le gustaba que pusieran límites muy rígidos a su estilo.*

En otra ocasión, los integrantes del monasterio para el cual Leonardo da Vinci estaba pintando La Ultima Cena se quejaron de que parecía usar más tiempo mirando la pintura que trabajando, Leonardo les explicó, algo irritado, que un genio trabaja tan duramente mientras piensa como mientras pinta.

Pero para mucha gente todavía seguía siendo difícil aceptar el valor del artista. La familia de Miguel Ángel, que era muy respetable, se avergonzó muchísimo cuando él anunció que quería ser escultor. El propio Lorenzo de Medici tuvo que convencerlos de que su hijo iba a ser algo más importante que un simple picapedrero.

Con el correr del tiempo, los artistas obtuvieron el respeto y la amistad de los príncipes y de los Papas. Ticiano por ejemplo, fue nombrado caballero por Carlos V, por haber pintado su retrato. Los príncipes comenzaron a enviar a los artistas al extranjero para hacer alarde de su talento y difundir la fama de sus cortes. Los artistas viajaban de un país a otro, siendo bienvenidos por los mecenas en todas las cortes.

Leonardo y Benvenuto Cellini trabajaron en Francia, además de hacerlo en Italia. Otros artistas italianos visitaron Moscú, España, Alemania, Holanda e Inglaterra. Dürero, que viajó de Alemania a Italia, descubrió que allí era aún más 'popular que en su propia tierra.

El mejoramiento de su posición social permitió a los artistas experimentar nuevas técnicas y estilos. Había más interés en el cuerpo humano, en la perspectiva y en el paisaje. Probaron el uso de las pinturas al óleo en lugar de la tempera, que se preparaba mezclando los colores con yema de huevo. Los artistas venecianos usaban capas de pintura y hacían que los colores surgieran con brillantez a través de ellas. Leonardo empleó una técnica de sombreado llamada sfumado.

Si las ricas familias del Renacimiento sacaron provecho del mecenazgo para exhibir su poder, los artistas se beneficiaron de los efectos sociales y económicos de esta situación: encontraron en las grandes bibliotecas, en las ricas colecciones de antigüedades y en las escuelas

o academias de sus protectores espacios culturales y fuentes de emulación.

A lo largo del siglo XV, los artistas se fueron distanciando progresivamente de su condición original, el artesanado, y se integraron a las cortes de los nuevos príncipes. Lorenzo de Medici fue un ejemplo emblemático de este modelo: se rodeó de sabios, poetas y artistas de todas las disciplinas, entre ellos, Miguel Ángel.

El arte se situó así al mismo nivel de las artes liberales, como la filosofía, la retórica o la geometría.